

LA VANGUARDIA

“La mediación palestino-israelí”

08/11/2004

KENNETH W. STEIN

SERÍA UN ERROR tratar de mediar ahora, pues podría retrasar la retirada israelí de Gaza y la toma de decisiones en Palestina

LA SUCESIÓN PALESTINA debe seguir su curso natural; la mediación externa interrumpiría la fermentación autóctona

Con Arafat agonizante, Sharon como aliado de confianza y un segundo mandato de Bush capaz de tomar iniciativas políticas antes incluso de la toma de posesión, los astros parecen alineados para que se produzca una mediación palestino-israelí encabezada por Estados Unidos. Hay poderosos argumentos para que el Gobierno de Bush o la Unión Europea no pierdan esta tentadora oportunidad.

Sin embargo, sería un error introducir en este momento un mediador o enviado de peso. Sólo contribuiría a retrasar o interferir en la retirada unilateral israelí de los asentamientos de Gaza y Cisjordania. Retrasaría las decisiones palestinas acerca del modo en que debe ser gobernada la franja de Gaza después de la retirada israelí. Un proceso negociador dirigido desde fuera negaría a los palestinos la oportunidad de buscar una alternativa a la influencia de los contemporáneos de Yasser Arafat sobre el movimiento nacional palestino.

Por lo tanto, de momento, en lugar de iniciar a toda prisa un proceso negociador, debería buscarse la circunspección y la paciencia. A ello debería seguir un sutil compromiso para ayudar con fondos a los municipios palestinos en el suministro de bienes y servicios, y a las pequeñas empresas locales con préstamos a bajo interés.

En realidad, hay muchas y convincentes razones para comprometerse en una mediación palestino-israelí. Primero, no hay indicio de que Siria esté interesada en llegar a un acuerdo con Israel o viceversa en relación con los altos del Golán. Si Siria mostrara un serio interés por reanudar las negociaciones, éste debería ser aparcado. La atención debe dirigirse sólo a la retirada israelí de Gaza y partes de Cisjordania.

Segundo, una Administración que permanece tiene ventajas sobre otra que llega por primera vez al cargo. La mayoría de los burócratas del Gobierno de Bush ya están en sus puestos, por más que en los niveles superiores algunos se vayan o cambien de función. Esta Administración conoce muy bien a los protagonistas de Oriente Medio. Bush y Sharon no están muy unidos en el plano personal, pero están alineados filosóficamente en relación con el terrorismo y la defensa de la libertad.

Además, Bush tiene relaciones positivas con los estados árabes vecinos, que son críticos en el apoyo de los acuerdos palestino-israelíes.

Tercero, los planes de la Administración para una solución con dos estados existen ya sin la necesidad de vender la idea al mundo árabe, la Unión Europea, los israelíes, los partidarios estadounidenses de Israel, la comunidad internacional o las Naciones Unidas. Bush y Sharon coinciden en que las negociaciones sólo deben empezar tras el cese del terrorismo, la reforma de la Autoridad Palestina y, esencialmente, la desaparición de Arafat. El Gobierno de Bush ha esbozado sus preferencias por un acuerdo negociado en el intercambio epistolar entre Sharon y Bush de abril del 2004, que incluye modificaciones de fronteras de acuerdo con las existentes en 1967.

Cuarto, Bush carece de limitaciones internas. Su mayoría en el Congreso le permite avanzar con relativa facilidad en la obtención de fondos para cimentar las retiradas israelíes y recaudar ayuda para el desarrollo económico y la ayuda municipal palestinos.

Quinto, existe un beneficio potencial de cara al cumplimiento de objetivos estadounidenses más amplios en Oriente Medio. Los progresos en el ámbito palestino-israelí tendrán un impacto beneficioso en las actitudes árabes y musulmanas hacia Estados Unidos, por más que no reduzcan demasiado el sentimiento contrario a Bush. Además, impulsar la reforma política palestina refuerza el objetivo estadounidense más amplio de fomentar la libertad, si no la democracia, en Oriente Medio, tras Afganistán e Iraq. El estímulo de la libre empresa y la ayuda a las voces palestinas reformistas están en consonancia con la gran iniciativa democrática del Gobierno de Bush para Oriente Medio.

Si los argumentos son tan convincentes para el inicio hoy de las negociaciones, ¿por qué debe permanecer a un lado Estados Unidos y dejar que los israelíes sigan retirándose unilateralmente de Gaza? ¿Por qué no apremiar a la dirección palestina para que participe en unas conversaciones de alto nivel donde puedan negociarse las cuestiones sobre el estatuto final de Jerusalén, los refugiados, los asentamientos, las retiradas israelíes y las prerrogativas del Estado palestino?

La participación de un enviado especial o de alto nivel en Oriente Medio, venga de donde venga, centra de modo inevitable la atención en el mediador. Cuando eso ocurre, se crean expectativas, los desengaños se exageran y el progreso suele estancarse.

Segundo, no debe hacerse nada que interfiera o retrase las intenciones de Sharon de retirarse unilateralmente de Gaza. Dada la actual situación política israelí, Sharon cuenta con un plazo de unos doce meses para llevarlas a cabo. Hay que darle la oportunidad de cumplir lo que ha prometido.

No hay un dirigente palestino que pueda sustituir él solo a Arafat, tenga la autoridad moral para firmar un acuerdo provisional y consiga que éste sea aceptado además por el pueblo palestino. Por ello, esperar un interlocutor adecuado tras el fallecimiento de Arafat constituiría un ejercicio inútil. En la actualidad, existe cierto nerviosismo en el panorama interno palestino acerca de quién debería dirigir el movimiento y hacia qué coaliciones o dirección colectiva evolucionar. Esperar una negociación con lo que podría calificarse de gobierno palestino de unidad nacional es otra receta segura para el retraso.

En cambio, lanzarse ya a la negociación proporcionará a Abu Ala, Abu Mazen y otros dirigentes que volvieron de Túnez con Arafat en 1993 un añadido de legitimidad para dirigir el movimiento nacional. Abu Ala es el actual primer ministro palestino, y Abu Mazen, su predecesor inmediato en un puesto que Arafat debilitó y controló intencionadamente. De serles ofrecida, aceptarían la responsabilidad de la negociación puesta ante ellos por un enviado foráneo y la utilizarían para legitimar su jefatura. Ambos pueden ser sucesores dignos, pero hay que evitar toda interferencia externa sobre la política interna. En la actual coyuntura, un esfuerzo de mediación de alto nivel frustraría a los jóvenes reformistas palestinos que perciben la muerte de Arafat como una posibilidad para desafiar en unas elecciones democráticas a sus pares y tener la posibilidad de moldear y controlar el futuro del movimiento nacional.

La sucesión palestina debe seguir su curso natural. La mediación externa interrumpiría la fermentación autóctona. No hay que identificar desde fuera a un Alauí palestino ni dar a los palestinos una excusa para desviar la atención hacia temas más generales. Durante más de cien años, los extranjeros y los dirigentes autócratas palestinos han controlado las políticas palestinas. Permaneciendo al margen, los palestinos tendrán ahora la posibilidad de elegir quién debe representar sus intereses y cómo debe compartirse el poder.

En la primavera y el verano que viene, Israel debería haber salido de Gaza, y los palestinos, celebrado o proyectado elecciones municipales y

nacionales. Habrá tiempo de sobra para que la mediación externa considere si aún debe acercarse a palestinos e israelíes. Pero ahora no.

KENNETH W. STEIN, profesor de Historia y Política de Oriente Medio en la Universidad Emory de Atlanta (Georgia) Traducción: Juan Gabriel López Guix